

"El capitán siguió el camino de Constantinopla, á fin de reparar sus averías, y en mi desgracia tuve el consuelo de pensar que así se retrasaría la expedición contra Candía. Estábamos ya en aguas de los Dardanelos, cuando Mazamamet bajó á mi prisión.

"—Comendador—me dijo,—quiero devolverte el bien que me has hecho pidiendo gracia para ti, aunque sé que el Gran Visir pondrá objeciones. Sin embargo, como mi obstinación iguala á la suya, si no puedo persuadirle, no te entregaré; y como él no te conoce, no sabrá nunca cuál de mis prisioneros es el célebre Quiquerán. Ponte el traje de uno de tus oficiales, no respondas aunque te llamen, y ocúltate entre tus compañeros.

"Lo que Mazamamet había previsto, ocurrió en efecto. El joven sultan Mohamed quiso perdonarme; pero el Gran Visir le disuadió. El visir y el capitán riñeron, y yo pagué las consecuencias de su disputa.

"Sea que mis miradas me delataran, sea que el Visir fuera muy sagaz, el hecho es que me descubrió; me separaron de mis compañeros, y me enviaron á la fortaleza de las Siete Torres. Mi calabozo era húmedo, infecto; apenas si podía respirar en él; la luz entraba por una aspillera, y me nutría muy mal.

"El aparecido había estado en lo cierto al decir que en nuestra próxima entrevista hallaría abatida mi altivez; mis fuerzas iban debilitándose; el desaliento y el fastidio me redujeron al extremo de desear las visitas del maléfico genio. Fué á verme con frecuencia, escogiendo siempre los momentos en que la fiebre, el hambre ó la desesperación me tenían abatido. A pesar de todo, aún resistí sus seducciones.

"El sitio de Candía prosiguió entretanto. El gobernador de la fortaleza visitaba los calabozos una

vez al mes, y me daba noticias de aquella guerra y de las bajas del ejército cristiano. Mis guardianes tuvieron la crueldad de decirme que, á instancias de Luis XIV, el Sultán había entregado todos los prisioneros, excepción hecha de mí, como una distinción particular. No puedo explicar el grado de tristeza que me produjo tal noticia, y que supo aprovechar el que había jurado la pérdida de mi alma. Apenas si me abandonaba, repitiéndome constantemente que, en vez de languidecer y extinguirme en el fondo de aquel calabozo, podía tener aún treinta años de gloria, de aventuras felices, de combates brillantes y de incomparable fortuna. Aquel abatimiento me produjo enfermedades, y el Demonio me prometía la salud. Al fin parece ser que sucumbí, y que firmé con mi sangre un pacto con el enemigo de los hombres.

III

Al escuchar las últimas palabras de la confesión de Antonio Quiquerán, el superior de los franciscanos miró al comendador con sorpresa.

—¿Cómo es que habláis en forma dubitativa de la mayor circunstancia de vuestra vida? *Parece*, decís, que firmasteis un pacto con el enemigo de los hombres. ¿No tenéis seguridad de haberlo firmado?

—Mis dudas han cesado esta mañana—repuso el señor de Beaujeu.—El estado de aniquilamiento y desesperación en que me hallaba dentro del calabozo turbaron de tal modo mis sentidos, que veía visiones

continuamente, y no podía distinguir la realidad de las invenciones de mi delirio: de ahí que haya estado dudoso tanto tiempo.

"Apenas firmé mi desdicha y mi ruina, cesó de visitarme el genio familiar. Recobré la salud; y viendo que aquel personaje sobrenatural no volvía á presentarse, creí que había sido sólo una quimera inventada por la fiebre, y que mi exaltada imaginación había considerado demonios á los carceleros. Tuve, sin embargo, terribles ensueños: después vino la duda, y empecé á tener esperanza; tanto más, cuanto que no poseía ningún don sobrenatural. Mi situación no cambió en manera alguna, y bendije mis sufrimientos pensando que eran los que podían tranquilizarme respecto del estado de mi alma.

"Una mañana el carcelero me dejó en la mano una esquila firmada por mi sobrino Santiago Quiquerán. Aquel joven á quien yo dejé niño aún, era á la sazón un prudente y valeroso marino de la Orden de Malta. Santiago me anunciaba que había podido sobornar á uno de mis guardianes, y que preparaba mi evasión para la noche próxima. En efecto; al anoecer fué á buscarme el carcelero, que me condujo á un sitio desde el cual pude arrojar me, deslizándome por una cuerda á costa de mil peligros, hasta hallarme en brazos de mi sobrino, y con él partí á bordo de una nave que mandaba él mismo.

"En Malta me hicieron más honores de los que yo merecía. Nuestro gran maestro, Nicolas Cottoner, reunió á todos los caballeros de la Orden, y me abrazó públicamente en una fiesta militar. Luis XIV quiso verme, y fuí á Saint Germain, donde ya me había precedido la fama de mis aventuras. Los cortesanos me consideraron como una persona prudente, y sus

cumplidos me fastidiaron pronto. Parecía que yo era el único que podía dirigir flotas: no sé cómo podían alentar la confianza que tenían en mi estrella; pero yo sentía disgusto por una carrera en la cual se arriesgaba la vida, la libertad y hasta el alma. Cedí, pues, los honores y ventajas que me ofrecían á mi sobrino Santiago, que participó conmigo de los agasajos y admiración de la corte, y, pretextando una debilidad y cansancio que en realidad no sentía, solicité un empleo para retirarme. El Rey me nombró gobernador de Burdeos. Permanecí ocupando ese puesto quince años, y después vine á Arlés, encerrándome en mi castillo. Por lo que toca á mi sobrino, tuvo la dicha de morir como hubiera querido hacerlo yo: con las armas en la mano.

"Hace treinta años—continuó el señor de Beaujeu con voz alterada—que vivo lo más honradamente posible; pero sin poder cumplir mis deberes religiosos, sin atreverme á acercarme á los altares, sin recibir ningún sacramento ni penetrar en una iglesia, y sin poder aclarar mis dudas. He procurado siempre olvidar lo pasado y confundir mis recuerdos: ¡tanto era el temor que me producía la verdad! Hoy mismo aún ignoraba si era víctima del poder infernal: no había pedido nada ni codiciado cosa alguna; así es que el enemigo de los hombres no ha tenido necesidad de hacerme un leve favor. Puedo asegurar que nunca ha obtenido victoria más económica que la mía.

"El Demonio ha querido avisarme que los treinta años terminan dentro de tres días, añadiendo á mi desgracia la afrenta del ridículo. Me sedujo con su aspecto de ángel y su lenguaje elevado, procurando embellecer mi falta con el nombre de noble sacrificio. Hoy le he visto en una forma grotesca, bajo el

aspecto de usurero turco, dándome á entender que tiene los sentimientos ruines y bajos del carácter que personifica. Después de hablar esta mañana con el Demonio, aún quise dudar, y mi conturbado espíritu se regocijó con la esperanza de una mixtificación; pero perdiendo la paciencia, acudí á vos, padre, y os rogué que me llevaseis á los pies del altar. Sabéis el resto: ambos hemos comprendido que una maldición divina pesa sobre mí. ¿Qué expiación, qué penitencias podré cumplir? ¿Qué esfuerzo, qué acción meritoria, que sacrificios podrían obtener mi perdón? Aconsejadme, padre, y os obedeceré. Pero si no hay reparación posible, si la Iglesia no tiene consuelo para los que han vivido fuera de ella, no vaciléis en decírmelo: al morir sabré ser el Quiquerán de otros tiempos, y pretendo sorprender al Infierno, y hasta al mismo Cielo, con la grandeza de mi caída.

El superior de los franciscanos había oído el relato del señor de Beaujeu con mucha atención. Su rostro dejaba ver simultáneamente profundo horror é infinita compasión; pero las últimas frases dichas por el marino hicieron que el fraile tomara una actitud fría y severa.

—No hay acciones meritorias ni penitencia alguna que puedan redimir un crimen tan grande—dijo.— Cuando una persona se da al enemigo de los hombres, éste no suelta su presa más que para coger otra. Todo pacto firmado con él, requiere una víctima. La Iglesia rechaza lejos de sí á los que caen tan bajo. A mis ojos, ya no existe el comendador Antonio Quiquerán, y será bueno que abandone cuanto antes un mundo donde su presencia es solamente un peligro y un escándalo para las almas fieles.

—¡Un peligro!—exclamó el comendador levantán-

dose.—¿Me creéis tan perverso que pueda hacer á mi vez el papel de tentador? ¡Yo os enseñaré quién soy! No busco una víctima para entregarla al Demonio; que la Iglesia guarde para otras personas sus bendiciones y sus sacramentos. Los diez mil escudos de renta que poseo proceden del rey de Francia y de otros príncipes de Europa por mis servicios al cristianismo. No debo nada al Infierno; y ya que mi sentencia está dictada, no os pido consejos para mi alma. ¿Conocéis alguna familia desgraciada? Le dejaré parte de mis bienes; y si sabéis de una doncella pobre y honrada, le dejaré una dote. Tomad esa pluma, y escribid: Testamento de Antonio Quiquerán, señor de Beaujeu, comendador de Malta, caballero de las Ordenes del rey. Dejo y lego al convento de franciscanos de Arlés mil escudos de renta, á fin de que sean distribuídos anualmente entre los pobres de la ciudad el día del aniversario de mi muerte, y otros mil escudos para ser distribuídos entre los marinos heridos y necesitados.

—Añadid á ese primer artículo todo lo que os plazca, hasta disponer de la mitad de mi fortuna. Respecto de la otra mitad, buscadme un niño digno de interés, y, como San Vicente de Paúl, haré con él las veces de padre.

—En este mismo convento tenemos lo que queréis—replicó el superior:—el niño de coro que ayudaba á la misa en que vos os desmayasteis, no tiene familia. Una noche de invierno le recogí de las losas de la calle hará unos catorce años, y desde entonces no se ha separado de mí. Os garantizo sus buenas disposiciones y su buen carácter: pero, como no siente vocación por el claustro, haréis una obra loable devolviéndole al mundo.

—Me falta tiempo para cumplir las formalidades de la adopción; pero, aun sin ellas, dejaré á vuestro protegido un nombre y una herencia.

—Le habíamos bautizado, llamándole Juan Hallado—dijo el prior.—El primero de esos nombres le coloca bajo la protección del mayor de los discípulos del Señor, y el segundo mantendrá en su corazón la sencillez cristiana recordándole su origen humilde y vuestros beneficios. Que conserve su apodo como preservativo del orgullo, la más peligrosa de las pasiones humanas.

—Que venga ese niño—dijo el comendador;—quiero verle.

El prior agitó la campanilla que tenía sobre el escritorio, y dió orden al lego que se presentó de que le llevaran al niño; pero el lector sabe muy bien que el niño estaba escondido, y no podían hallarle. El señor de Beaujou salió del convento, dejando dicho que se lo enviaran antes de terminar el día.

Juanito, que había escuchado toda la conferencia que acabamos de narrar, no dejó pasar mucho tiempo sin acercarse al prior, y poco después llegaba al castillo de Beaujeu, hallando al comendador en el jardín. El niño le saludó con extremada cortesía, y después, mirándole afectuosamente, dijo con viveza:

—Soy vuestro servidor, señor comendador. Tengo orden de presentarme á vos: soy Juan, el niño de coro.

—Hijo mío—repuso el anciano.—el padre prior me ha hablado de tí. ¿Es verdad que no sientes vocación por el claustro?

—Debo la vida al padre superior, señor—respondió el niño;—él me ha cuidado cuando todos me abandonaron, y su voluntad es sagrada para mí: sustraer-

me á ella sería una horrible ingratitud. Si dispone que sea monje, le obedeceré sin quejarme; pero, ya que me preguntáis mi gusto, debó confesaros, sin que me avergüence de ello, que no me lo inspira el claustro.

—¿Qué es, pues, lo que te gusta? ¿A qué tienes afición?

—Desearía viajar, señor comendador; ver tierras, ir á ciudades grandes, relacionarme con toda clase de gente y buscar fortuna.

—¿Eres ambicioso, caramba! ¿Y qué ciudad querrías ver con preferencia, qué campos te gustaría recorrer?

—Nuestra hermosa Provenza, el Langüedoc, los Pirineos, el Rosellón; las ciudades que ardo en deseos de conocer son: Montpellier, Narbona, Perpiñán. Sé que hay capitales más importantes; pero, á menos de estar loco, no puedo pensar en verlas.

—¿Y qué esperas hallar en esas soberbias ciudades de Narbona y Perpiñán?

—Rostros nuevos que me serán más ó menos agradables, azares más ó menos favorables: todo eso, en fin, que no se halla dentro de los muros de un convento.

—Lo tendrás. Vuelve, y di al superior que estoy dispuesto á hacer en tu favor todo lo que convinimos esta mañana. Has hallado en mí un amigo, Juan; eres un buen muchacho, y quiero complacerte. Ve, y vuelve aquí mañana.

El niño besó la mano del anciano, estampando en ella un ósculo de gratitud; después le saludó diez ó doce veces con tal candor, que el comendador no pudo menos de sonreír.

Al salir del castillo, Juan tomó el camino de la ciu-